



Los Felicitadores (ii)

GIL, Pío

Una felicitación oportuna no sólo tiene el valor negativo de evitar un carcelazo; tiene también un valor positivo: sirve para conseguir buenos empleos. Nuestros imbéciles magistrados no sólo han establecido que únicamente son amigos de ellos los que les adulan, sino que también han estatuido que sólo los que les adulan tienen talento. Y las carreras todas han quedado abiertas a todas las inepticias. Los hipódromos han sido asaltados por los caracoles. El mérito no vale nada: consumir toda la vida para poseer a fondo una ciencia; quemarse las pestañas para saber derecho, para saber medicinas o para saber matemáticas, tienen menos eficacia que saber adular. Los que conociendo su propio valer, son suficientemente altivos para no prosternarse, encuentran todos los caminos que conducen al triunfo obstruidos por los incapacitados, que van senda arriba, con las andaderas de la protección oficial. Y los incapacitados llegados a la cumbre, establecen el reinado de la ineptitud sobre la pericia, el predominio de la viveza sobre la probidad, y sueltan al aire su ruidoso concierto de graznidos que ellos creen una armoniosa orquesta de pájaros. Es el triunfo humillante de la mediocridad. Y por eso los buenos arquitectos resultan vencidos por Chataing, los buenos marinos quedan derrotados por Delgado Chalbaud, el comercio gime bajo la férula de Corao, la Academia de Bellas Artes carece de artistas, pocos historiadores tiene la de la historia, pocos filólogos la de la lengua, nuestros doctores no saben ortografía, y nuestros generales no saben estrategia. Como el estímulo que corona al mérito y a los esfuerzos nobles ha desaparecido, nadie se toma el trabajo de hacer nobles esfuerzos ni de crear-se méritos. Como la vileza se premia, todos se hacen viles. Más fá-

cil es hacerle una biografía a una vida vacía, que emprender la difícil tarea de hacer estudios profundos. El favor oficial, lejos de proteger la valía digna, la aplasta: y Eduardo Calcaño Sánchez, profundo matemático, vive metido en su casa; y Pedro Tomás Lander Loutousky, gran jurista, se aísla en su barraca; y Rafael Rangel, gran microbiologista, tiene que suicidarse; y Romero García, denunciador de inmoralidades, emigra y Simón Soubllette, periodista de combate, tiene que callarse; y viene como consecuencia de todo esto, la carencia que las camarillas imperantes sienten de hombres competentes en todos los ramos, hasta el punto de que han tenido que exhumar ciertas momias de la necrópolis del guzmancismo, y de que al frente de la academia militar han tenido que poner al coronel Mac Gil. Los hombres sabios disminuyen en Venezuela, en la misma medida en que se multiplican los doctores y condecorados con el Busto. Para proveer un empleo o habilitar para una profesión no se averigua si los candidatos sirven o no sirven, sino si son o no partidarios con un partidarismo demostrado con una felicitación. Con tal que sean partidarios, aunque sean unos asnos. Y porque son partidarios, nada más porque son partidarios, se sienten en las altas curules de los Congresos, de los Ministerios y de los Tribunales de justicia.

Las felicitaciones de los aduladores de Venezuela no tienen absolutamente ningún valor moral. Por más que aplaudan los actos del gobierno, la Nación toda sabe que la mayor parte de los actos del gobierno son completamente desacertados. Por más que las protestas de adhesión vuelen hoy en torno del presidente, toda la Nación sabe que los que traicionaron al Restaurador traicionarán también al **Rehabilitador**. Los que han felicitado llenos de alborozo a Gómez por el fracaso del atentado del invicto, estarían felicitando al invicto si el atentado le hubiera salido bien. Los que hoy adulan a Gómez, mañana denigrarán de él. Quien lea tantos juramentos de lealtad, se asombrará de saber que Venezuela es actualmente un hervidero de traiciones, y quien lea los himnos a nuestro bienestar, se indignará de saber que tras la holganza de los regocijados se oculta la indignancia de las turbas. Ese asombro y esa indignación contra tanta falsedad los sentimos todos en Venezuela.

Y entonces, ¿para qué permitir que se digan mentiras en las cuales nadie cree?, ¿por qué no suprimir ya esa bizantina práctica tan inútil y tan ridícula, con la cual gobernantes y gobernados pretenden engañarse? Esa manía de sumisiones nos ha llevado al triste descenso moral en que nos hallamos hoy; la manía sigue extendiéndose, y se notan en ella los progresos de un descarado cada vez más audaz. ¿A dónde llegaremos si no tratamos de detener el descenso? Para levantar el espíritu nacional, los gobernantes deben dar primas, en vez de imponer castigos, a los caracteres independientes. El General Gómez haría mucho en este sentido si ordenara al Secretario General la publicación de este aviso: **El Presidente de la República no recibe felicitaciones.** Con este sencillo aviso de sólo dos líneas, ganaría la dignidad nacional mucho más que con aquellas largas circulares del Ministro del Interior dando patrióticos consejos a los Presidentes de Estados, porque para dar esa clase de consejos no tiene ninguna autoridad moral el Ministro del Interior. El Ministro del Interior hablando de honradez política, se parece a Mesalina hablando de castidad. Aquel aviso cuánto tiempo dejaría en las oficinas de telégrafos, mayor empleado en las necesidades del comercio y de la industria que no en telegramas de felicitación! ¡Cuánto espacio en los periódicos para tratar de problemas de importancia, que hoy se gasta en la inserción de aquellos telegramas inútiles! Cuanta energía cerebral, que hoy se desperdicia en buscar frases bonitas de sumisión, utilizada en pensar algo útil. Se iniciaría el período de la convalecencia nacional, de la transformación de una satrapía de lacayos en una nación de ciudadanos. Como los felicitadores no elevan su himno por cariño al magistrado, sino por la paga, bastaría que la paga se suprimiera, para que las felicitaciones cesaran. Cuando el servilismo no se premie con generosas prodigalidades, el servilismo será abandonado como un filón consumido. Desaparecerá una vergonzosa industria nacional: La adulación. Los viles de Venezuela tendrán que dejar el oficio. Sobrevendría en torno del Poder un silencio revelador, que le permitiría oír ciertos rumores muy velados, ciertas voces muy lejanas, ciertos lamentos muy ocultos, todos esos rumores que los cortesanos apagan siempre con el ruido de las orquestas y

el estrépito de los aplausos, porque son otras tantas acusaciones contra ellos!. Y en medio de ese silencio, parecido al silencio de las ranas, cuando al fin, después de una noche que parecía interminable, luce la aurora, las alondras matinales desgranarán desde los aires las cascadas de sus notas; las mariposas alegres alzarán su vuelo como flores animadas; los lirios y las rosas embalsamarán el ambiente con las esencias de sus pebeteros; las aves, despiertas en sus nidos, soltarán mil gorgeos; las auras, despiertas en las frondas, susurrarán mil suspiros; y entre una infinita sinfonía de trinos, de rumores, de aleteos y de gritos, una floresta que parecía maldita, después del letargo silencioso de una noche de medio siglo, se llenará con un himno de esperanza, un inmenso himno de felicidad y resurrección. Y en medio de este alegre despertar de la vida, cuando las ranas deslumbradas ante la luz pálida del alba, se hayan ocultado avergonzadas en sus cuevas, se oirá la voz de alguna virtud, que con las dolorosas lecciones de la experiencia elaborará el programa del porvenir; una voz que recordará los horrores de las prisiones pasadas y la crueldad inhumana de los carceleros que asesinaban a los presos, para hacer resaltar las bellezas de la libertad y de la confraternidad de los Venezolanos. Y esta voz hará salir de su marasmo otras virtudes, y al presente croar de las ranas que entonan su himno insustancial y monótono a la maldad y a la mentira, sucederá en la selva que parecía abandonada de los dioses un coro inmenso a la Verdad y a la Justicia.

¡Cuánto bien de la Patria merecería el general Gómez, si hiciera publicar este anuncio tan corto, y de tan incalculable trascendencia moral:

“El presidente de la República no recibe felicitaciones”

Pero no, no lo hará publicar, porque entonces algunos periódicos tendrían que declararse en quiebra.

Los aduladores de vocación han hecho de la vileza una virtud que se premia con toda clase de favores y de la austeridad un crimen que se persigue con toda clase de castigos. Así es como se explica el

elogio monótono a los gobernantes, que ha producido una especie de hipnosis en la conciencia nacional. Y todas estas felicitaciones arrancadas por la paga, por la conveniencia o por el miedo, son infinitamente falsas. La adulación tiene un reverso sombrío: la traición. Judas besó a su Maestro antes de entregarlo. Detrás de todo adulador, fatalmente se esconde un traidor. El que fuera a juzgar del prestigio y de las cualidades de nuestros magistrados por el ruido de aquellas laudatorias, creería que esos magistrados fueron realmente amados por el pueblo y realmente superiores. ¡Y todos ellos fueron pequeños y odiados! Guzmán fue impuesto a la Historia por sus aduladores, en la inmortalidad del bronce estatuario; esa inmortalidad y esas estatuas no duraron diez años, y la caída del Ilustre tuvo lugar pocos meses después de la Aclamación que le prepararon a los áulicos. Andueza Palacio fue adulado; en sus jiras presidenciales los pueblos del tránsito **echaban la casa por la ventana**, y ante sus ojos atónitos, los cortesanos hicieron desfilar **veinte mil liberales amarillos**, para animarlo a consumar el atentado del continuismo; pero los cortesanos, los veinte mil liberales amarillos y los que echaban la casa por la ventana le volvieron la espalda cuando la desgracia puso los primeros nubarrones en el horizonte de Andueza. Andrade también tuvo muchos felicitadores, todos los que figuraron más tarde como traidores suyos en la guerra con Castro. El restaurador fue adulado como nadie; y de entre esa caterva de felicitadores que se llamaban humildemente sus subalternos, tenientes y servidores, ni un brazo ni una voz se elevó en su defensa, cuando llegó la hora inevitable de la caída. De estas inconsecuencias no tienen derecho de quejarse los déspotas; cada quien cosecha lo que siembra; y ellos, que han puesto en los sangrientos surcos semillas de envilecimiento, tienen que recoger frutos de felonías. De esas veleidades no es responsable el pueblo, porque el pueblo, en el sentido político de la palabra, no tiene Venezuela. Hay un rebaño inconciente que no sabe defender ni su libertad, ni su propiedad, ni su vida, y por eso lo reclutan, lo roban y lo asesinan. Las camarillas le ordenan gritar ¡Viva Andrade! después, ¡Viva Castro! Luego ¡Viva Gómez! Y él grita lo que le ordenan. Y es que, ante los grandes desastres nacionales, ningún pueblo puede suicidarse ni emigrar en masa. Para

liberarse del pestífero ambiente moral de Venezuela pueden quitarse la vida desesperados, uno o muchos individuos, pueden emigrar enloquecidos, una o muchas familias; pero ninguna de esas cosas puede hacerla la colectividad del pueblo, que tiene que amoldarse a las condiciones de vida que le ofrecen las camarillas victoriosas. En los lagos subterráneos la falta de luz ha acabado por atrofiar en los peces el órgano de la visión, pero los peces viven, porque la vida brutalmente triunfa y se adapta a todos los medios. En los países tiranizados la falta de libertad ha acabado por extinguir en los pueblos el sentimiento de la dignidad, pero los pueblos sin dignidad viven, porque ellos se someten también a todo, primero que morir. La vida es una ley fatal e irrenunciable, lo mismo para los pueblos que para las especies. Falta luz, y sobreviven los peces ciegos de las cavernas. Falta la libertad, y sobreviven los pueblos envilecidos de los despotismos. Pero de ese envilecimiento no es responsable el pueblo, como no es responsable la arcilla de la innoble caricatura escultórica que hace con ella cualquier alfarero rústico: con igual arcilla Rodín modelará una obra maestra. Con la misma masa viviente, con la cual nuestros próceres hicieron una epopeya asombrosamente heroica, la camarilla amarilla, ha hecho una Bizancio lastimosamente servil. Pero de esa transformación no es responsable la arcilla, sino los artífices. El pueblo estará envilecido, pero no es vil: los viles son los criminales y los ineptos que están a la cabeza de él.

¿Y quiénes son los adulados?, Aerostatos que ayer estaban arrumbados en un rincón, y que hoy surcan los aires, guiñapos a los cuales las tremolinas han encaramado en cualquier alero. Los aerostatos creen que han subido por su propia virtud, porque no tienen conocimiento de la ley física que hace subir el humo; los guiñapos olvidados de que los elevó la tremolina, adoptan esa altisonancia tan inexplicable y natural en todos los que han subido desde muy abajo. Los aerostatos llenos de humo, los guiñapos sucios de lodo, llegan descansadamente a la altura, aupados, sonrientes, sin haber sufrido en la ascensión esos fracasos dolorosos que dan a las inteligencias cierto amable escepticismo, y a los caracteres cierta ironía humilde. Los aerostatos y los guiñapos llegan ilesos a la

cumbre, sin el cansancio de la lucha, ¡el cansancio que es la coronación melancólica del triunfo! Llegan arriba asidos a veces del túnico de alguna mujer, o empujados como larvas de fermento, por el hervor profundo de las intrigas tenebrosas. No son como los hombres superiores, que trepan las escarpaduras paso a paso, y coronan la meta de su ambición, con los pies destrozados por las aristas cortantes de los riscos y las manos entumecidas por la contradicción dolora del esfuerzo. Los adulados puede decirse que suben tranquilamente en ascensor, sin que en sus frentes se haya condensado una gota de sudor, sin que se les haya siquiera descompuesto el nudo de la corbata; y ya en la altura, oyendo los himnos que desde abajo les envían los aduladores prosternados, candorosamente se creen grandes, y no vuelven en sí de su asombro, de ver que la gloria era una cosa tan fácil de conseguir!

Vosotros también habéis subido desde muy abajo, vosotros los pontífices que empezasteis por monaguillos, los mariscales que empezasteis por soldados, los millonarios que empezasteis por limpiabotas. Pero vosotros habéis conquistado uno a uno todos los grados del merecimiento, habéis vencido todos los obstáculos, habéis arrollado todas las emulaciones. Conocéis la calle de amargura que se encuentra antes del Monte Thabor. Habéis llegado a la cima, a poder de sacrificios constantes, de trágicas desesperaciones, de mortales desfallecimientos. Conocéis el infinito dolor del triunfo: por eso no sois insolente.

En relación con la altura a que llegásteis, vosotros también habéis subido desde muy abajo, vos, Sócrates, Filósofo; vos Colón, navegante; vos Galileo, sabio; pero al llegar a la cima, en ella encontrásteis una copa de cicuta, un montón de cadenas y la mengua de una retractación. Vosotros conocéis el infinito dolor de la gloria: ¡por eso no sois insolente!

Y porque tenéis talento, ¡Oh vosotros los triunfadores y los gloriosos! Es por lo que desde la altura de él, miráis con supremo desdén, con un desdén desprovisto de toda vanidad y de todo orgullo, vuestro triunfo y vuestra gloria, y se los daríais a un niño para que jugara con ellos!

Los que son suficientemente grandes para conocer la insondable inanidad que hay en toda grandeza; aquellos cuyos ensueños vuelan a tanta altura de la realidad, que hallarán siempre una diferencia atormentadora entre lo realizado y lo soñado, esos seres selectos no pueden ser felices, ni menos pueden ejercitar la forma agresiva de la felicidad: la insolencia.

Los imbéciles son los venturosos del mundo; los venturosos del mundo son los Sanchos que consiguen una ínsula. La serenidad olímpica de las almas superiores, de los estoicos y de los santos, no es felicidad, sino resignación, en el sentido filosófico de la palabra, resignación tan altiva como mansa. Aquella serenidad no es la negación, sino el vencimiento del dolor. Tras de esa serenidad digna de los dioses, sollozan todos los pesares de los hombres: ¡y por eso ni los santos ni los estoicos han sido insolentes!

Cuanto más elevada sea la inteligencia, más apta es para la duda, que es sufrimiento; cuanto más noble sea el corazón, más propenso será a la indignación, que es sufrimiento; cuanto más poderosa sea la voluntad, más inclinada será a la lucha, que es sufrimiento. Los seres más selectos, son los seres más desgraciados. Los hombres superiores, siempre han tenido el talento de no ser felices. Pudiera decirse que el dolor constituye una aristocracia. En la cumbre más alta está el Nazareno, que lloró siempre y no rió nunca; y descendiendo por las faldas de la montaña, donde se escalonan todas las vidas humanas, al fin encuentra uno en los grados más íntimos, la sonrisa eternamente feliz de los idiotas, o la pose cómicamente altanera de los consagrados de Venezuela.

* * * * *

Bruselas: 22 de junio de 1906

Señor General Cipriano Castro, Presidente de la República
Caracas

Respetado Jefe y amigo:

Los periódicos de Venezuela me traen el eco glorioso del plebiscito que obliga a usted a reencargarse del poder supremo de Ve-

nezuela. Tan memorable acontecimiento llena de júbilo patriótico mi alma de esforzado y entusiasta propagandista de nuestros patrios ideales. Así los próximos números de **La Revue Americaine** continuarán diciéndole a usted, a nuestros compatriotas y al público de Europa y América, todo lo que mandan los méritos y el prestigio de un pro-hombre como usted.

Sus respetuoso, su adicto, su invariable amigo y admirador

Pietri-Daudet